

# La marcha de las cosas

Indudablemente la ciudad sigue su marcha adelante. Una marcha mucho más lenta de lo que quisieran los impacientes y mucho más rápida de lo que dicen los fatalistas. La ciudad avanza a pasos medidos y un poco a remolque de los tiempos—y esto es lo que más nos duele—. Nos duele porque quien más quien menos, ha soñado siempre en ir por delante de los acontecimientos, en este caso de las necesidades. Aquí las cosas llegan cuando ya deberían estar funcionando desde hace años. No es posible estructurar cara al porvenir si tenemos mucho trabajo atrasado del pasado. Otras ciudades, de la misma provincia y de similares características, tienen resuelto el asfaltado total de sus calles. La traída de aguas asegurada con las instalaciones acabadas, los accesos a la ciudad en orden. Institutos funcionando... Son cosas elementales, pero que nosotros tenemos que resolver y que son enormes montañas en estos momentos. Todo en Olot da la impresión de que se han perdido unos años preciosos. Que ha habido un lapsus demasiado largo en que la ciudad se estacionó. No estuvo en marcha de acuerdo con su tiempo. Hemos de aceptar—aunque sea doloroso—que la ciudad se escapó de las manos de nuestro municipio. En el campo de la urbanización algunos entuertos no tienen remedio alguno. La herencia que nos ha dejado el haber sido una de las últimas ciudades de España—creemos que fuimos la última—en tener un plan de urbanización en marcha, no nos la sacaremos ya nunca más de la espalda. En la mayoría de las ciudades que conocemos, la parte digamos vieja se diferencia de la nueva porque aquella está hecha con estrechez, aunque generalmente con un orden, tal

vez aconsejado por el sentido común, al que no puede negársele belleza, mientras la parte nueva ofrece amplias avenidas y ordenadas construcciones. En nuestra ciudad el orden y el sentido común siguen imperando en su parte vieja, y la estrechez, claro. Pero en su parte reciente—salvemos la idea llevada a cabo sólo en parte y destruida últimamente del Ensanche Malagrida—el desorden y el caos imperan como únicas cualidades remarcables. La ciudad no ha crecido, la ciudad se ha deformado. Podríamos apuntar aquí muchas cosas elementales que han sido relegadas al olvido, contribuyendo con ello a que esta nuestra época actual esté plagada de problemas y de circunstancias cuya resolución debía haberse llevado a cabo en su tiempo y cuya problemática nos impide ahora estudiar con detenimiento la del futuro y programar y estructurar cara al mañana, que es como debería ser, y no perder un tiempo precioso tratando de solucionar problemas que ya no son propios de ahora, ejemplo Instituto; estudiando traídas de agua que ya deberían estar hechas o asfaltando calles y programando accesos que ya deberían estar en servicio hace años.

Nuestra particular manera de ver las cosas hace que, ante cualquier contingencia, demos inmediatamente la culpa a quien en un momento dado está desempeñando el cargo de Alcalde. Luego, cuando este señor deja de ser Alcalde, ya con la transmisión de poderes existe una tácita transmisión de responsabilidades. Y esto no es justo. Es pensando en todas estas cosas como uno ha caído en la cuenta de que quizás convendría que pensásemos un poco en mañana, para que no fuéramos responsables directos de lo que a la ciudad le ocurrirá dentro de diez años. Hay problemas que aunque hoy no sean agobiantes, mañana sin duda lo serán. Como botón de muestra ahí tienen ustedes el del tráfico automovilístico, que a este paso será problema y serio dentro de poco. O el de empezar a salvaguardar los futuros pulmones de Olot, antes de que una desconsiderada construcción lo haga imposible. La política de taponar agujeros es importante, pero lo es más la de procurar remedios duraderos y a largo alcance.